

México, D. F., abril de 1935.

Sr. Antonio Acevedo Escobedo.

Ciudad.

Mi querido Antonio:

He leído "Sirena en el Aula", en dos jornadas. ¡Sirena en el Aula! He aquí un libro escrito en prosa que se interroga y se contesta, dentro del hondo predio de su concepción.

Place al oído esta su prosa sin ecos por ser toda ella un puro eco sin roturas, como el rumor del agua en un cajón de acantilados hecho por las manos acústicas de quien nosotros sabemos el poder.

Así he escuchado su prosa. Porque, mi querido Antonio, hay prosas que es preciso escuchar, y la suya está graduada en el aula de las sirenas. ¿A qué defenderse cuando los oídos están en los mismos huesos? Y conste que no aludo al recurso de Ulises para no echar a perder esta carta. Ya es tiempo, ¡hombre!, de ir transportando el sentido de las alegorías. Tal ha hecho usted al resolver el título de su hermoso libro, en el cual, en el libro, lo único que flota es la narración.

¿Elogio o censura esto último? Ni una ni otra cosa. La narración sin altura, a ras de tierra, a vuelo de tapacamino, supone una necesidad: la de servir, generosamente, a los que no saben entender otra lectura que no sea la fotográfica (inmensa mayoría de los lectores de México); y la narración encumbrada, la narración que sólo lo es por fenómeno de estalactita y no de estalagmita, puesto que cuenta o narra de arriba a abajo, es licor para iniciados.

En el primer caso, se requiere un esfuerzo corriente, iba a escribir mínimo, pero pleno de renunciaciones; en el segundo, un esfuerzo grande,

pero, a veces, desmesuradamente ambicioso, considerando el medio que nos envuelve y la imposibilidad de superar los modelos eternos, cuando menos en tanto se acomodan las letras de nuestro mensaje. Nuestro mensaje está, todo revuelto, en la sopa de letras que hemos hecho hasta hoy.

Pero usted, mi querido Antonio, no tiene la culpa de esto. El mal viene de lejos y ya se está ordenando el remedio. Basta, para nuestro propósito inmediato, como decía William James, que las personas tiernas y las enérgicas existan.

Mas estas pequeñas disquisiciones no tienen nada qué hacer aquí, puesto que "Sirena en el Aula" es un libro de México; su raíz está en la ilusión y en el dolor de México. Tiene "el cuello duro lustrado y el paso fachendoso", como un vecino de Huejuquilla en el inicio de la fiesta de la Virgen del Buen Dormir. ¡Ah! y no le falta, era imposible tratándose de un espíritu tierno y enérgico como el suyo; no le falta, digo, "la contraseña púrpura al lado del corazón": la oscilación social que se produce, dentro de la caja de la hora, como péndulo de reloj.

En otro tiempo, cuando yo era menos provinciano que hoy puesto que estaba recién venido de una provincia y no me había impuesto de todas las provincias del país, como sucede luego de vivir en esta ciudad, me saludó usted con una esperanza en mi poesía. La cosa estaba verde, pero usted ya era más provinciano que yo. ¿Qué decir, ahora, que "Sirena en el Aula" recoge tantos bullicios de nuestra patria y los ofrece, translúcidos, a los que saben seguir, por ejemplo, a un escritor que pasea, en un parque, con su Homero bajo el brazo? Nada... como no sea devolver a usted aquel saludo, ya no envuelto en una esperanza, sino en mi fe cierta en su gran destino de escritor de México, es decir, de hondas cosas de México.

Que esto valga tanto, mi querido Antonio, como reconocer que su libro sabe a dónde va: tiene una desembocadura. Y tal cosa la escribo, ya,

con absoluta autoridad de provinciano; en otras palabras, con autoridad de mexicano hecho y derecho.

Quédese con la admiración y el profundo afecto de su amigo,

Leopoldo Ramos.